

Liminar

De basiliscos y otras heterodoxias

En la vida de las instituciones parece haber un momento distintivo, no necesariamente trascendente pero siempre estelar. Hay un tiempo de la Facultad Experimental de Ciencias (Universidad del Zulia) que se me ocurre aleccionador, tocado de eficaces diligencias y sobre todo entusiasta en su desenfado, y esto a veces puede ser una manera de disidencia. Pude ser espectador de este ciclo desde mis labores de auxiliar en la biblioteca de las licenciaturas, ahora se la conoce como “Dr. Ramiro Finol”, pero durante algún tiempo un equívoco la nombró “Jesús Finol”. Algo había en el espíritu de aquella docencia, en la bulliciosa camaradería, que acercaba el estilo de la enseñanza-aprendizaje de aquellas licenciaturas más a los ecos de una lejana contracultura, desenfado y amistad, que a la rígida rutina profesoral usual en otras Facultades.

Quizás hubo una decidida influencia en la convivencia con un proyecto que hasta ahora ha sido la mayor remodelación de los estudios universitarios en Venezuela: el prospecto del prope déutico conocido como Estudios Generales. Humanismo, política, historia, filosofía, semiología, lingüística, lógica, matemática, era el nudo oxigenador de un programa de estudios de dos semestres, pronto reducido a uno, y finalmente dispersado como materias electivas de otras Facultades y así eliminado como programa docente, acosado por la burocracia y la indiferencia. Algo de aquella expectación solvente y liberadora debió contagiar la rutina y valoración de las vecinas ciencias naturales, cercanas en ajeteo laboral y unidad administrativa. Harold Molero debía encajar muy bien en las maneras de aquellos estilos, en esos días coincidimos como

colegas, y es la precisa acepción, en el servicio y tareas de la biblioteca, ambos estudiantes, él de la Licenciatura de Biología, yo de la Escuela de Sociología.

Aquella era una biblioteca bien dotada, sus suscripciones hemerográficas estaban junto a las más nutridas de los mejores centros del país (UCV, IVIC). Su horario corrido y hasta las ocho de la noche la convertía en un lugar ya no de consulta y estudio sino de fecunda conversación y permanencia, los estudiantes podían bajar en cualquier momento y disponer de sus recursos como si abrieran una puerta contigua del salón de clases o el laboratorio. Harold ensamblaba sus tareas escolares con las responsabilidades de trabajo, al igual que yo, mediante cómodos ajustes de horario que tenían siempre en Lesbia Márquez, la directora, una comprensiva aprobación. Siempre en las tardes, y hacia las cuatro, había como un tácito acuerdo, sin suspender el servicio, un grupo reducido nos dábamos a examinar asuntos fuera de urgencia: literatura, naturalismo, misticismo, música, realidades paralelas, resonancias mórficas sheldrekianas. A propósito de este autor, Rupert Sheldrake, emblema del revisionismo, los actuales editores de *Anartia* mantienen una fecunda relación con Janis Roze (a quien han visitado en Nueva York), cuya amistad con aquel se afirma más allá de la comunidad de ideas e intereses profesionales.

Puede entenderse esto porque se trataba de estudiantes con afecto por la ilustración, formados en lecturas de hogar, y en buena medida gente que no estaba en conflicto con la soledad. En esos minutos de heterodoxia algunos aprovechaban para fumar un cigarrillo, el cónclave finalizaba con la llegada de los pastelitos de Juan, los mejores de toda la comarca, así, dispuestos y repuestos, la jornada estaba salvada. Hoy recuerdo aquellos nombres y veo cuan representativo puede ser el azar: Ángel Vilorio, Orlando Ferrer (Paleta), José Ramón Jatem, Orlando Pomares, Santander Cabrera, Carlos Durante, Gabriel Torres, Humberto Soscún (†), el propio Harold... Era un clima de intercambio que daba a la actividad universitaria de pensum y semestres otro sentido de arraigo, se trataba de una comunidad, atada en cercanía e intereses donde se mezclaba lo académico con la familiaridad de la vida personal. Clara orientación del horizonte de investigación (objetos reales y una dedicación a la identificación y descripción) y un entusiasmo intelectual que daba a las tareas una relevancia ajena a la tecnocracia, eran la nota del día.

Así, cuando Ángel Vilorio me pide un prólogo para su voluminosa clasificación de las mariposas de Perijá, tenía a mano cómo paliar la extrañeza, para nuestra fortuna él insistió y por ahí andan esas dos páginas salidas de la fascinación de las piéridas que por las tardes brotaban de algún lugar a revolotear en la cuna de mi hija Ángela.

De alguna manera aquella respiración impregnaba todo el hacer hasta la conclusión en el acto sistematizador que era la ejecución del trabajo de grado, generalmente el resultado de una exploración de campo, en el caso de la Licenciatura de Biología. El estudio de Harold sobre la población de basiliscus de la zona del Guasare-Socuy debía ser modélico en ese sentido, fruto dilecto de aquel género de convivencia en una Facultad dada a las heterodoxias. La zona elegida, un hábitat pronto a ser impactado por la explotación del carbón a cielo abierto al noroeste de Maracaibo, resultó una elección sensible. Era como la contraparte o complemento de aquella otra, la Sierra de Perijá, escenario también de un prospecto importante de investigaciones y verificaciones en el área de zoología, ecología, botánica. Y aunque Perijá conocía ya una discreta tradición de inventario y ordenación de sus aspectos naturales y antropológicos, la zona del Guasare-Socuy era un hallazgo para aquella generación de biólogos, como objeto diverso y también como emocionado nicho donde la naturaleza guardaba sus maravillas.

Hoy, buena parte de aquel paisaje ha desaparecido, en el curso de treinta años la depredación minera ha hecho su trabajo, el bosque y la selva lluviosa fueron arrasados, convertidos en calveros para excavar hasta el lecho del manto carbonífero. Las consecuencias para las especies, las fuentes de agua y el ecosistema no pueden ser evaluadas sino adjetivadas como apocalípticas. Quedan aquellas investigaciones, biografías de un objeto desvanecido, arqueología de lo forestal y recuerdos de sistemas bióticos que no llegaron a ser bien conocidos: pájaros, insectos, reptiles, sorprendidos en su parsimoniosa evolución y proyectados en un tiempo de agotamiento y extinción.

Durante aquellos semestres que oía a Harold hablar de la evolución de su tesis me fui haciendo una imagen del animalillo, lagarto o saeta, para mi llegó a ser símbolo de lo armonioso pero también de lo frágil. La amenaza que se cernía sobre la floresta parecía mostrarse de manera especialmente drástica en uno de sus habitantes:

aéreo, fugaz, este si bien puede caminar sobre la corriente de agua, cuando esta ya no esté quedaría suspendido, congelado, en el vacío. De los tres caños donde el animal fue observado y recolectado (Carichuano, Paso Diablo, Norte) nada queda, deben ser ahora apenas líneas de bajo yerbazal, solo trazos en un antiguo mapa satelital. Aquella investigación descriptiva era pionera en la caracterización del lagartijo y su ambiente, ciclo reproductivo y hábitos alimentarios, se reducía a un sencillo contaje y observación, pero hacía luz sobre el entorno, revelaba los cursos de agua, enumeraba las especies forestales. Me pregunto cuál será hoy el estado de aquellas poblaciones de Jobo, Orumo, Beleto, Naranjillo bobo, que circundaban el área como cielo real de caños y basiliscus. Esa tesis resume la gran pasión de la biología académica de aquellos años: ecología y naturaleza en un reclamo moral, reconocimiento de la herencia natural regional como conjunto de objetos sentimentales. La sensibilidad tal vez intuitiva de una generación, la vida bullente y no utilitaria de una ciencia fragante, el bichito corriendo sobre el espejo de agua siempre me pareció un símbolo: de la belleza, también de lo indefenso, de lo milagroso.

Como la mayoría de aquellas tesis, la de Harold se dilató, meses y semestres parecían ampliar la contemplación de la especie, y quizás por el solo placer de las excursiones. La observación ocurre entre abril de 1984 y marzo de 1985, pero no es sino a mediados de 1988 que Harold presenta la monografía para su discusión y aprobación, la ilustración de la tapa del cuadernillo es un carboncillo del propio Harold, allí el animal continúa revelándosenos, extendido en una flexión plástica, el trazo del biólogo-dibujante nos lo acerca en una dimensión viva.

Miguel Ángel Campos*

* Escuela de Comunicación Social. Facultad de Humanidades y Educación. La Universidad del Zulia. Núcleo Humanístico. Maracaibo, Venezuela Correo electrónico: mcampostorres@gmail.com